

EDUARDO E. PARRILLA SOTOMAYOR

Tecnológico de Monterrey

El significado del ritual en *La feria* de Juan José Arreola

ABSTRACT: This essay revolves around two different conceptions of the ritual interwoven in *La feria* (1963), a novel written by the Mexican writer Juan José Arreola. The first conception stems from the carnivalesque style which is vividly present in the novel. Since the fictionalized fair in honor to Saint Joseph in a small city of Jalisco is a ritual, in some respects similar to the carnival rituals analyzed by M.M. Bakhtin, the author attempts to trace coincidences between them. The second conception is based on the theory of *potlatch*, a social phenomenon associated with rituals, researched in archaic societies by anthropologist Marcel Mauss. In the analysis of *La feria*, a sacred and profane ritual, and the central event that takes place in the plot, the author gives several examples to demonstrate the fictionalization of *potlatch* conveyed through the polyphonic juxtaposition of voices within the novel. Taking into account the definition of ritual created by anthropologist Roy A. Rappaport, on the other hand, the author supports the idea of the existence of universal equivalencies in its practices, and attains to justify an inherent relationship between both, the spirit of the fictional fair, and the spirit of carnival rituals examined by Bakhtin. In general terms, the main purpose of the essay is to explore how the social and aesthetic meanings are interwoven in the ritual of *La feria*.

KEY WORDS: fair, carnivalization, sacred and profane rituals, *potlatch*

Muchos han sido los aciertos que la crítica literaria ha sabido dilucidar sobre la novela *La feria* (1963) del escritor mexicano Juan José Arreola¹. Trabajos como los de Sara Poot Herrera, Ximena Troncoso Araos y Saúl Yurkievich, por ejemplo, coinciden en reconocer, por el manejo de la oralidad, la orga-

¹ El argumento de esta novela puede resumirse a partir de tres etapas: la víspera y los preparativos, el tiempo en que ocurre y la culminación de una feria en un poblado del estado de Jalisco, hoy conocido como Ciudad Guzmán. Como bien señala YURKIEVICH, la feria es “el nudo de una comedia humana que involucra a sus distintos personajes y que pone en evidencia los conflictos movilizadores de la acción novelesca” (1995: 40). La feria es la faceta oficial, pero en la novela hay otra faceta privada, no oficial, que es la de las pasiones humanas, ya sea anónimas

nización polifónica de esta novela y la ascendencia, si no carnalesca, al menos irónica, que la alienta. Tanto el manejo meticuloso que, en diversos grados, conecta la ironía con la parodia, como con el humor popular, han sido constantes que la crítica ha sabido atinadamente detectar. Evidentemente, cabe llegar a la conclusión de que se trata de una novela que hubiera merecido la atención del pensador ruso Mijaíl M. Bajtín, pues muchos de sus descubrimientos sobre la estética de la novela se conjugan en ella. Puesto que el objetivo de este artículo consistirá en precisar el sentido que adquiere el ritual en la estética de esta novela, de inmediato surge la siguiente pregunta: ¿en qué medida la carnavalización literaria, presente en esta novela, relaciona de manera intrínseca los rituales carnalescos con la tematización en ella de los rituales de la feria? Junto a esta, se suscita otra pregunta, no menos acuciosa, que resulta ser su contracara: ¿no es acaso el tema de la feria como ritual una condición intrínseca al texto que se mantiene paralela a la carnavalización sin cruzarse con ella?

La primera pregunta planteada puede suscitar desconfianza. En *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento* BAJTÍN fue claro en señalar que después del Renacimiento el sentido superlativo de que gozaba la risa ritual del carnaval medieval, y su expresión en la cultura y la literatura, fue dando un giro a medida que iba ganando terreno la seriedad del racionalismo. Sobre los siglos XVII y XVIII dice: “la risa no puede expresar una concepción universal del mundo, sólo puede abarcar ciertos aspectos *parciales* y *parcialmente típicos* de la vida social, aspectos negativos; lo que es esencial no puede ser cómico” (1971: 65). De esta manera, “sólo el tono serio es de rigor” y la risa llega a ocupar un rango inferior como género menor (1971: 65). Más aún, en su libro sobre Dostoievski, BAJTÍN plantea en qué ha consistido la persistencia de esa corriente estética a lo largo de los siglos: “llamaremos *literatura carnavalizada* a aquella que haya experimentado, directa o indirectamente, a través de una serie de eslabones intermedios, la influencia de una u otra forma del folklore carnalesco (antiguo o medieval). Todo el dominio de lo cómico-serio es un primer ejemplo de esta literatura” (1986: 152). Al respecto, considero legítimo calificar a *La feria* como una novela cómico-seria que ha recibido el influjo de la carnavalización literaria. Sin embargo, esto no me autoriza para deducir que su representación del ritual sea carnalesca, o a sostener de un modo categórico que lo que predomina en

o de personajes identificables. En conjunto las voces de estos personajes ofrecen una imagen representativa de Zapotlán el Grande, el poblado ficcionado. Algunas de las historias fragmentarias que se entrelazan arrojan luz al modo de ser popular, mientras que otras historias como la de la lucha de los indios tlayacanes por recobrar las tierras usurpadas desde tiempos remotos y el modo de ser de los notables del pueblo revelan un conflicto social que tiene repercusiones en el acontecimiento de la feria. Otras historias intercaladas resaltan más por temas que se hallan fuera del conflicto principal, como el sentimiento amoroso, el erotismo, los efectos de un terremoto, la agricultura y sus vicisitudes, etc.

el ritual de la feria sea una percepción carnavalesca del mundo. Vale la pena detenerse en esto. Para TRONCOSO ARAOS:

La feria es un texto esencialmente dialógico, pues en palabras de Bakhtin [1989] “está lleno de ecos de otros enunciados”. Dialoga con una diversidad de discursos sociales, lo que Bakhtin llama la heteroglosia social [1985]. Dialoga con otros textos bíblicos (Isaías, Jeremías, Ezequiel), los Apócrifos y documentos históricos. El texto establece una red de relaciones entre fragmentos de que se compone, entre las voces y los discursos. Dialoga con la tradición literaria, de la que absorbe múltiples elementos como la parodia, la sátira, la ironía, la risa, el realismo, la fantasía, los digiere y crea una escritura y un texto singulares.

2002: 127

En términos generales, advierto tres manifestaciones fundamentales de la carnavalización en la novela:

- 1) el dialogismo interno de la palabra ajena, trabajado desde la ironía y el manejo lúdico del lenguaje,
- 2) la organización cronológica o acrónica de textos cuya disposición de contenidos contrastantes interactúa como una especie de coronación-destronamiento,
- 3) la conceptualización desde un punto de vista temático de imágenes grotescas o carnavalizadas.

La primera de estas se advierte en la diferenciación de voces que configuran *La feria* en su totalidad; la segunda se halla también presente en el modo en que esas voces en yuxtaposición sucesiva y cambiante a veces se desmienten o sus sentidos toman un giro imprevisto². La tercera, por su parte, adquiere significación en el hiperbolismo y la degradación que, en conexión con la dualidad de opuestos de lo grotesco, suscitan los apodos e imágenes de algunos personajes (e.g. “Pedazo de Hombre”, “Concha de Fierro”, “el zapatero burlón”).

Cabe recordar que los rituales de la percepción carnavalesca del mundo implicaban la puesta en juego de una dualidad de opuestos: alto/bajo, alma/cuerpo, abstracto/concreto, serio/cómico, etc., sobre todo en oposición a los dogmas religiosos. Igualmente, la parodia y, en general, las imágenes carnavalizadas que Bajtín examinó, infiltran y reactivan al interior de la palabra esa dualidad, cuyos polos opuestos pueden interactuar de manera ambivalente, o bien asumir una posición crítica con el objetivo de burlar, gracias a la ironía y el sarcasmo, aquellas conductas e ideologías que de algún modo falsean u oscurecen el libre fluir de la vida. Este aspecto de resistencia que la imagen carnavalizada precipita con el ánimo de subvertir lo anquilosado de la dominación o de lo que se aparta del sentido común, aparece también en *La feria*. Sin embargo, no está dirigido contra el ritual sagrado en honor al santo patrón San José, sino contra las excrecen-

² Carlo Magno SOL TLACHI proporciona varios ejemplos de esto (cf. 1997: 103—104).

cias ideológicas que, en el contexto de un orden social tradicional, se entretejen por voz de los personajes de Zapotlán el Grande.

Carmen DE MORA VALCÁRCEL revela que “todas las historias que se entrecruzan en esta novela, la del zapatero-agricultor y la misma feria desembocan en otras tantas frustraciones” (1990: 110). Cabría añadir que aquellos personajes que detentan el poder como Don Abigaíl u Odilón no fracasan, sino todo lo contrario, conservan sus posiciones privilegiadas. También hay una parte de los personajes que se mantienen en un punto medio, en una especie de alegre decepción, o que bien son claramente pícaros. Pero si se retoma nuevamente lo que dice DE MORA VALCÁRCEL de que los dos ejes interiores en que se sustenta la narración son el problema de la tierra y la devoción a San José (1990: 102), entonces cabe concluir que el blanco de la sátira, donde las imágenes carnavaalizadas toman su fuerza, no es el ritual. Al igual que el tema de los terremotos recurrentes, el tema de las tierras usurpadas a los indios tlayacanques y el final deslucido el último día de la feria muestran más bien la faceta apocalíptica de la novela. Donde las imágenes carnavaalizadas sí cobran vigor es sobre todo en la burla del tabú sexual, en el contraste provinciano entre las buenas conciencias, la moral católica cerrada y la persistencia incontenible de la libido. No es raro que casi todo lo humorístico en esta novela tenga una conexión inmediata con la conducta erótica, ya sea por su ridícula contención o por su craso desparpajo³.

Esta es una manera mucho más sutil de cuestionar la rigidez ínsita en los dogmas religiosos: interceder con la risotada del sexo en medio de la irreconciliable oposición católica entre alma y cuerpo. Otra manera es el manejo lúdico del mito, por ejemplo, de la figura de San José, quien toma la palabra en la novela, como un personaje más (18). Sin embargo, el ritual de la feria adquiere en esta novela otro estatuto que agrega a su trama y urdimbre estilística una dimensión liberadora de otro signo. El humor carnavaizador del sexo ejerce un efecto catártico para restituirle al cuerpo su lugar en medio de la hipocresía social. El ritual de la feria, por otra parte, en la medida en que se asocia a la fe y la esperanza, genera prácticas rituales afines a lo que Marcel Mauss llamó *potlatch*. Como demostraré en breve, el ritual ficcionado en torno a los festejos de la feria, dedicada a San José, patrón de la ciudad de Zapotlán el Grande, incorpora, de manera fragmentaria y distintiva, la persistencia del fenómeno universal del *potlatch* examinado por Mauss en su libro *Ensayo sobre el don*.

Pero ¿qué es el *potlatch*? Se trata de prácticas de sociedades arcaicas asociadas al intercambio de dones y bienes, también conocidas como *sistemas de prestaciones*. Pueden darse en el interior de un mismo clan o entre tribus distintas. El concepto, apunta Mauss, procede de la lengua de los chinook, grupo étnico

³ Uno de los trabajos que más se ha ocupado del tema del sexo en esta novela es el del equipo de profesores del CENTRO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICO-LITERARIAS (cf. 1976: 37—42).

que se extiende de Vancouver a Alaska y significa “alimentar” y “consumir” (76). Al respecto, añade:

Estas tribus, muy ricas, que viven en las islas, en la costa o entre las Montañas Rocosas y la costa, pasan su invierno en una fiesta perpetua: banquetes, ferias y mercados que, al mismo tiempo, constituyen la solemne reunión de la tribu. Ésta se organiza según sus cofradías jerárquicas, sus sociedades secretas, a menudo confundidas con las primeras y con los clanes; y todo ello —clanes, casamientos, iniciaciones, sesiones de chamanismo y de culto a los grandes dioses, a los tótems o ancestros colectivos o individuales del clan— se mezcla en una inextricable red de ritos, prestaciones jurídicas y económicas, fijaciones de rangos políticos en la sociedad de los hombres, en la tribu y en las confederaciones de tribus, e incluso a nivel internacional. Pero lo notable en estas tribus es el principio de rivalidad y del antagonismo que domina todas estas prácticas.

MAUSS, 2009: 76—77

La sociedad ficcionalizada en *La feria*, desde luego, no es arcaica, aunque sí hay vestigios de ello en los mitos de los indios tlayacanques. Pero a lo que me interesa llegar a establecer aquí es cierta analogía entre el *potlatch* explicado por Mauss y el que aparece implicado en la novela. A pesar de las notables diferencias entre los rituales alrededor del mundo, en principio estoy de acuerdo con el planteamiento de Roy A. RAPPAPORT en cuanto a que una definición del ritual debe considerar que, por debajo del fondo infinitamente variado de sus prácticas, los significados y efectos resultan de una forma universal (2001: 65). De ahí que la definición que este antropólogo brinda del ritual, “ejecución de secuencias más o menos invariables de actos formales y de expresiones no completamente codificados por quienes los ejecutan” (2001: 56), tiene la virtud de que deja un resquicio de libertad entre lo universal y lo contingente, al mismo tiempo que se ajusta tanto a los rituales reales como al ficcional, en el caso concreto de *La feria*.

El aspecto universal de las ferias en México puede advertirse en muchos sentidos. Pero antes, conviene dejar en claro cierta distinción necesaria entre feria y ritual. Las ferias anuales, que tanto apogeo han tenido en la cultura mexicana, y que han llevado a que se diga que México es un país de ferias (SCHNEIDER, 1992: 18), son *sistemas de prestaciones* que, además de celebrar rituales, albergan muy diversas prácticas que atraviesan lo sagrado y profano. Aunque cabría hacer una clasificación extensa de los tipos de ferias que hoy por hoy se siguen realizando en México, para los fines de este ensayo baste con decir que las más notorias han sido las comerciales y religiosas. Si una feria abarca muy diversas facetas como el comercio, la diversión, el espectáculo y la devoción, termina constituyéndose en un microcosmos en el que se catalizan las pasiones y las ilusiones de una población. Esto es así porque en un poblado más o menos chico, nadie,

o casi nadie, puede escapar al contagio de la feria. Como microcosmos resulta ser también un ámbito cuya complejidad da pie no solo al fervor, el regocijo y la convivencia, sino también a las contradicciones y conflictos.

La feria de la novela de Arreola es eminentemente religiosa, pero también constituye un *sistema de prestaciones* complejo dentro del espíritu del *potlatch*. El momento culminante del ritual es la misa en la que coronan la imagen de San José con unos laureles de oro. Pero aunque la intriga multifacética de la trama confluya hacia la celebración de la feria, al través de los fragmentos de las voces, el lector se entera del acaecer de otros rituales entre los que resaltan el de las fiestas patrias, el de un sacerdote que confiesa varias veces a un joven en su despertar sexual y el de la fiesta del acabe que hace el zapatero aprendiz de agricultor⁴. De todos estos rituales el de la feria es, sin duda, el que acapara más la atención de Arreola para los fines de su objetivo estético. En la ficcionalización de su acontecer se pueden rastrear prácticas universales que remiten a los efectos del *potlatch*, tanto en su fase constructiva como destructiva.

La adoración de San José, el santo patrón de Zapotlán el Grande, es el motivo religioso central de la feria, pero en torno a su ritual se llevan a cabo muchas otras actividades. Como revela Yolanda Lastra en un estudio reciente sobre las ferias en Cruz del Palmar y San Luis de la Paz, los santos de las ferias son adorados en muchas formas, por lo que otras actividades de adoración paralelas se organizan con este fin (LASTRA, SHERZER, SHERZER, 2009: 25). Es aquí que se comprende por qué la feria tiene una duración de entre ocho a doce días y por qué su espacio se extiende también fuera del templo, erigiéndose en manifestaciones de carácter profano. Sin embargo, lo más importante es que la dimensión profana se sustenta en que la fe y el espíritu celebratorio prevalecen en la memoria del pueblo; y que, ante todo, en ella se genera una dinámica colectiva que, observando las formas, resulta ser, al mismo tiempo, creativa. Lo esencial de la adoración es dar, ofrendar al santo, ya sea por agradecimiento o por mantener viva la esperanza en obtener algún bienestar futuro. Más aún, según Lastra:

People adore the saints because they believe in their power to prevent disease, help curing, alleviate pains, prevent envy and jealousy, ward off tragedy, and take care of departed souls of the ancestors (*ánimas*). Individuals have specific requests of the saints and in hopes of successfully getting them they make special promises (*mandas*) to the saints, in the form of specific actions or behaviors, such as praying, giving money for the fiesta, walking on their knees as penitents in a procession, or performing in dances. When we ask "one asks

⁴ Desde luego, no son los únicos. Advierto al menos dos más de carácter funerario: 1) echar puñados de tierra, una flor y agua bendita al féretro del Licenciado (49—50) y 2) ponerle un vestido de una muchacha honrada al cadáver de una prostituta muerta en el caso de la muerte de la Gallina sin Pico (153).

the saint that he provide life and health” (*se le pide al santo que preste vida y salud*), “that he accompany you” (*que te acompañe*) “that he open doors for you” (*que te abra las puertas*), “that he help you” (*que te ayude*), and “that he bring you luck” (*que te traiga suerte*).

LAISTRA, SHERZER, SHERZER, 2009: 28

La fe en San José se muestra en la novela de un modo muy claro en el calidoscopio de voces que circula por *La feria*. Hay pasajes de la novela en que se le pide con el objeto de que acabe la sequía (29), que dé buena cosecha (35) o que salve a la población de un terremoto (79), pues Zapotlán el Grande se halla ubicado en una zona sísmica. De un modo casi unánime, las voces que hablan en la novela, sin distinción de clases, expresan, además, su devoción ante la expectativa de celebrar en el mes de octubre los rituales dedicados al santo patrón. Lastra señala en su estudio que en las ferias concurren muy diversos preparativos, además de que intervienen objetos y actos rituales que adquieren relevancia. Los preparativos incluyen la compra de comida y flores, la fabricación de cohetes y castillos pirotécnicos, la hechura de disfraces, el ensayo de danzantes y músicos, etc. Algunos de los objetos rituales son los cruceros, los chimales, las flores, las velas y las varitas de copal. Entre los actos rituales que, por otra parte, se llevan a cabo cabe mencionar los novenarios, procesiones, sahumerios, limpiezas, la ceremonia de los cuatro vientos y la coronación del santo. Muchas de estas prácticas salen a relucir en el vocerío constante de *La feria*⁵. Sin embargo, el punto clave de todo esto, además de la puesta en movimiento de toda la sociedad de Zapotlán el Grande, es la aparición de lo que MAUSS considera la esencia del *potlatch*, es decir, la obligación de dar (2009: 155) que, por cierto, en la novela se manifiesta como magnanimidad de dar a manos llenas:

- 1) “Quiero quemar los castillos más grandes que se hayan visto en Zapotlán. El del Día de la Función será un castillo muy alto, con otros alrededor, para que parezca que toda la plaza se está quemando...” (51). El Licenciado (y mayordomo) finado.
- 2) “Le ofrecieron al Señor Cura los bueyes y la carreta. En una palabra, ellos querían encargarse de todo, en nombre de sus viejas cofradías...” (58). Los tlayacanques.
- 3) “Le vamos a hacer a Señor San José una Función como no se la han hecho nunca toda esta bola de ricos muertos de hambre...” (60). Vendedora de tortilla en la plaza.

⁵ DE MORA VALCÁRCCEL clasifica las actividades en la novela así: el castillo, la Coronación Pontificia de San José, el reparto de décimas, los juegos florales, las danzas, los festejos profanos (corridos de toros) y el desfile de las Andas (1990: 108).

- 4) “—Si quiere déjele pendiente lo del precio, eso es lo de menos. Lo que yo quiero es que sea la vela más grande y que dé más luz porque se la vamos a poner a Señor San José” (129). Mujer que va a casa del cerero.
- 5) “En lo que se refiere a las coronas de oro, han sido hechas por cuenta y riesgo del Señor Farías, autor de la idea, con la promesa verbal del señor cura de que la suma gastada, que es muy cuantiosa, le será devuelta aquí” (156). Señor Farías expresado por el Señor Abigail.
- 6) “Todo el año parecemos coheteros, nomás pensando en la feria y llenándonos de pólvora la cabeza, para que a la hora de la hora, todas las ilusiones se nos seben...” (157—158). Personaje anónimo.
- 7) “Como era natural, este año se han multiplicado las danzas. Los agricultores se quejan porque todos los cortes de hoja están retrasados. Los gañanes, después de todo un mes de estar ensayando, no pueden con el trabajo y hacen, cuando mucho, medias tareas. Pero quién les va a quitar las ganas de bailar” (166). Personaje anónimo.
- 8) “Todos se esfuerzan por lucirse y la generosidad llega a veces a verdaderos extremos. Los de Tamazula, por ejemplo, sacaron ahora tres carros con ponche distinto, de guayabilla, de zarzamora y de piña, y emborracharon a media población” (168). Personaje anónimo.

Estos y otros pasajes revelan ficcionalmente la presencia del *potlatch*. En tales situaciones se crean condiciones de reciprocidad y de una generosidad que se sale de los cauces. Pero no solo se da, también se recibe y se espera que los beneficiarios actúen con reciprocidad. Puede ser un intercambio que mantiene los lazos comunitarios, pero también un intercambio agonístico en el que una de las partes, o ambas, intenta mostrar con sus ofrendas su superioridad. Esta actitud de rivalizar aparece sobre todo en los ejemplos 2 y 3, pues los implicados están en disputa contra los mayordomos de la feria, es decir, los notables de la ciudad que han sido tradicionalmente quienes la organizan. Conviene recordar que una de las líneas temáticas de esta novela es la lucha de clases entre los intereses de una aristocracia local que conforman los notables, cuyos personajes más conspicuos son el Licenciado usurero que sería el mayordomo de la feria, pero meses antes muere, Abigail, su hermano, y Odilón, el hijo de este. El conflicto que tiene el pueblo llano con ellos es, por un lado, debido a las prácticas usureras y, por el otro, por parte de los indios tlayacanes, debido a la inveterada usurpación de sus tierras. Si la ilusión de la feria conlleva la posibilidad simbólica (y tal vez utópica) de restaurar un orden injusto por medio de la fe y la esperanza, los tejemanajes ideológicos de Don Abigail, para excluir de la feria a los indios tlayacanes, significa una faceta agonística, no simbólica, sino “real”. El resultado se ve al final de los festejos. Por un lado, el lector se entera de que los

notables se han apropiado del ritual de Coronación y, por otro lado, tal vez por ello, antes de la quema del castillo una gavilla de malhechores provoca un incendio de grandes proporciones en la plaza. Por estos sucesos y el estado anímico de algunos personajes, el espíritu festivo de la feria termina siendo empañado por una visión apocalíptica.

Con respecto a las preguntas que planteé al inicio, hay razones que inducen a pensar que el ritual de la feria como *potlatch* y la idea del ritual carnavalesco coinciden, a pesar de sus diferencias. La respuesta está en la idea de RAPPAPORT, en el sentido de que “el ritual es el acto social básico de la humanidad” (2001: 66), lo cual significa que como esquema de expresión cultural es capaz de reproducir elementos universales análogos. Las coincidencias que existen son inherentes a la dimensión profana del ritual, el cual surge atizado por la insatisfacción ante el poder de los notables y por la fuerza materializadora del pueblo (satisfacción de las necesidades del cuerpo). Además, tanto en el carnaval como en la feria el tiempo desempeña un papel de absoluta relevancia. En ambos despunta cierto cariz utópico, en la medida en que se trata de un umbral entre un pasado que se intenta superar y la promesa imaginaria de un futuro que se sueña o desea. Ese paréntesis o tiempo provisional que se sale de los cauces del tiempo convencional se manifiesta en la euforia, el desenfreno y la magnanimidad del *potlatch* al momento de honrar a San José, el santo patrón. En la suspensión del tiempo convencional, además, se halla latente o aflora un sentido de purga, de purificación de las pasiones, pues a la fiesta, en ambos casos, se le atribuye un efecto catártico. Aunque desconozco si Arreola era consciente de esta coincidencia del ritual y el carnaval al escribir su novela, lo cierto es que los pasajes humorísticos de la risa popular revierten de manera indirecta cierto efecto liberador, que constituye otra pieza más en el juego indeterminado del ritual de la feria.

Bibliografía

- ARREOLA Juan José, 1963: *La feria*. México: Joaquín Mortiz.
- BAJTÍN Mijaíl M., 1971: *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*. Barcelona: Barral Editores.
- BAJTÍN Mijaíl M., 1986: *Problemas de la poética de Dostoievski*. México: Fondo de Cultura Económica.
- CENTRO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICO-LITERARIAS, 1976: “*La feria: México sagrado y profano*”. *Texto Crítico*. Año II, n° 5, Septiembre—Diciembre, 23—52.
- LASTRA Yolanda, SHERZER Dina, SHERZER Joel, 2009: *Adoring the saints; Fiestas in Central Mexico*. William and Bettye Nowlin Series in art, History, and Culture of the Western Hemisphere. Austin: University of Texas Press.

- MAUSS Marcel, 2009: *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Buenos Aires: Katz Editores.
- MORA VALCÁRCEL Carmen de, 1990: “Juan José Arreola: *La feria* o `una apocalipsis de bolsillo’”. *Revista Iberoamericana*. Vol. LVI, n° 150, Enero—Marzo, 99—116.
- POOT HERRERA Sara, 2009: *Un giro en espiral. El proyecto literario de Juan José Arreola y otros ensayos sobre su obra*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- RAPPAPORT Roy A., 2001: *Ritual y religión en la formación de la humanidad*. Madrid: Cambridge University Press.
- SCHNEIDER Luis Mario, 1992: “La feria: Cara o Cruz del Mexicano”. En: *Días de Feria*. México: Cálamo Corrente, 16—82.
- SOL TLACHI Carlo Magno, 1997: “Estructura y experiencia personal; cómo está hecha *La feria*”. *Texto Crítico*. Nueva Época Año III n° 4—5 Enero—Diciembre, 101—110.
- TRONCOSO ARAOS Ximena, 2002: “*La feria* discursiva de Juan José Arreola”. *Acta Literaria*, n° 27, 127—144.
- YURKIEVICH Saúl, 1995: “Juan José Arreola: los plurales poderes de la prosa”. En: *Obras*. México: Fondo de Cultura Económica, 7—43.

Síntesis curricular

Eduardo E. Parrilla Sotomayor se licenció en Historia y Estudios Hispánicos en la Universidad de Puerto Rico. En la UNAM obtuvo su Maestría en Letras Iberoamericanas (1987) y luego, en la Universidad de Stanford, California (1993), el doctorado. Se ha desempeñado como profesor de literatura en el Tecnológico de Monterrey, Campus Monterrey desde 1994. Ha publicado diversos ensayos en libros y revistas y dos libros de poema *El palpitar de lo inasible* (2003) e *Imaginando el paraíso* (2007). Forma parte del Sistema Nacional de Investigadores desde el año 2000. Ha recibido premios por su labor como investigador. Su último libro se titula *Discurso y conflicto en la novela* (2012).